

PIDO MANO

Pido mano para contarles una historia y con esto vamos a quedar a mano las mil veces que me dejan al último. Es la historia de un mano. Sí, un mano, no me equivoqué de género, no voy a hablar de una mano sino de un mano, de un manito, mi cuate, mi amigo. Vente mano a echarte un trago conmigo, le digo, y el presto y silencioso corre a tomarse su tequila que es lo que le gusta más. El vino hace muchos años de la frontera, de Matamoros para ser más exactos. A todos nos llamaba manito y todos le decíamos de igual modo. Éramos los manitos. Yo era el mano mayor, le llevaba, o más bien le llevo unos doce años y digo le llevo porque no se ha muerto, eso sí, está muy jodido y ustedes perdonen la expresión pero no encuentro una palabra mejor que lo describa. Decir que está mal, que esta fregado no es lo mismo que jodido. Y él está así: Tojo. Tojo quiere decir para el que no lo sepa todo jodido. Tojo porque la mujer lo dejó, los hijos no lo pelan, no tiene dinero, vive en un cuarto de azotea, está enfermo, es diabético, ya casi no ve, tiene gangrena en una pata. En resumen está Tojo. Antes era otra cosa, mi mano tenía gran éxito, era lo que llamamos actualmente un triunfador y cómo no iba a serlo si tenía una mano maravillosa, una mano que era la envidia de todos. Nuestras dos manos no nos alcanzaban para aplaudir su arte. Su nombre era Romano por su padre que era un descendiente italiano. A la madre nunca le gustó el nombre porque parecía que estaba recitando aquello de católico, apostólico y romano. Por eso desde niño le dijo de cariño Mano. El ro de Romano lo guardó para arrullar a su criatura. Romano empezó a tocar el violín desde niño con un grupo escolar. Sobresalió tanto que lo mandaron llamar de Brownsville, la ciudad gringa pegada a Matamoros, para que formara parte del conjunto de cuerdas de la Universidad. Poco tiempo después lo becaron en Dallas y de ahí pasó a Filadelfia. Por supuesto que para Mano nada de esto fue suficiente, pidió y consiguió especializarse en Europa. Ahí causó sensación. Un crítico escribió que al tocar a Paganini no se le veía la mano de la velocidad en que la movía. Ya triunfador decidió regresar a su patria para demostrar que aquí también se puede y claro que se pudo. No pasaba semana sin que tuviera un concierto en teatros, en espectáculos masivos, en conciertos particulares, en escuelas y conservatorios. ¡Qué bruto!, decíamos los que lo escuchamos como una forma de demostrar nuestra admiración.

En esa época se casó con una fan de él, una mujer que no perdía un concierto lo diera donde fuera. Tuvieron tres hijos.

En México lo culto no se paga tan bien como en el extranjero pero con tanto trabajo logró comprar una buena casa en la Colonia del Valle , tener su automóvil y pagar todo lo necesario a la familia: escuelas, comidas, sirvienta, viajes, etc.

Mano era un hombre feliz y esa felicidad nos la transmitía a todos los que por suerte llegamos a ser sus amigos.

Él tenía un solo defecto, le encantaban los postres: helados, flanes, cajetas, pasteles, chocolates, malvaviscos, paletas, caramelos, budines, chongos zamoranos, camotes...Por supuesto empezó a engordar y eso no le convenía pues también era un poco presumido. Cómo iba a dar un concierto con barriga. No, eso no iba con él. Así que se inscribió en un gimnasio elegante. Yo lo acompañé mucho a él. Ahí corría en el aparato para eso, hacía pesas y por supuesto gimnasia. Y sí, sí bajó de peso, su cuerpo volvió a ser el de antes o mejor pues sus músculos ya los podía lucir. Por otro lado la fuerza le sirvió para tocar con mas brío el violín.

Fue en el gimnasio, para sorpresa de él y la mía también, que apareció un nuevo fan. Era el levantador de pesas que ya tenía varias medallas mundiales. ¿ por qué a este ser lo atrajo la música y en especial la música clásica de violín? Siempre fue un misterio para los dos. Como su esposa que cuando era novia no faltaba a ningún concierto, ahora le sucedía lo mismo con Anselmo, el levantador de pesas. Fue con nosotros a Guadalajara, a Monterrey, a Villahermosa, a New York y demás sitios. Y digo con nosotros pues para estas fechas yo ya fungía como secretario particular de Mano.

El músico tenía una obsesión y un miedo enorme. Tocar el Concierto para violín y orquesta de Beethoven, y no que éste fuera más difícil que otros, no, lo que pasaba es que admiraba tanto a este músico que no quería fallarle ni en una sola nota.

Anselmo fue el que lo convenció de tocarlo. Te doy todas mis medallas ganadas en el mundo a cambio de oírte tocar ese Concierto. Yo por supuesto también lo animé.

El concierto fue en Bellas Artes. La sala ese día no tenía un lugar vacío. Todo el mundo conocía el temor de Mano. El primer número fue una obra de Lizt que gustó mucho. Cuando apareció Romano en el escenario el teatro casi explota del ruido de los aplausos. No soy crítico ni pienso serlo nunca pero la forma en que tocó ese día no creo que ningún otro músico lo pueda conseguir. Cerca del final tenía yo el rostro lleno de lágrimas de la emoción igual que lo tenían cientos de sus admiradores. Corrimos Anselmo y yo a los camerinos par felicitarlo. Yo le di un abrazo, Anselmo le tomó la

mano y se la estuvo sacudiendo un buen rato. Ni él ni yo nos dimos cuenta de la cara de dolor de Mano. Anselmo siguió estrujando el instrumento del músico. Le fracturó tres huesos.

Lo operaron en dos ocasiones, el clavo que le pusieron en la primera fue reehazado por algo, no sé que. Por fin pudo cicatrizar la herida y los huesos pegaron. Lo que nunca logró fue tocar como antes. Algo de perdió.

Ahora era un músico más y en ocasiones ni eso conseguía. Dejaron de contratarlo. Decidió dar clases pero ni eso podía hacer bien. Su mujer lo abandonó a las primeras de cambio, sus hijos se fueron a estudiar fuera del país. Vendió la casa y el auto. Ya sólo lo visitábamos Anselmo y yo. Anselmo en las borracheras que agarraban se la pasaba pidiéndole perdón y Mano le contestaba que no importaba, que los músicos tienen sólo una etapa productiva y que la de él ya había pasado. Se abrazaban y lloraban juntos.

Y así termina la historia de mi hermano, mi mano, mi manito. Gracias por dejarme decirla. Prometo no volver a pedir ser mano. ¿De acuerdo? Entonces choquemos nuestras manos.

Agosto 2008